

Subjetividad, memoria y acción en la filosofía de la historia de Manuel Cruz

Mnemosyne siempre ha estado presente en el pensamiento del hombre. El sentimiento de que el pasado desaparece y de que nada queda de él acompaña la estructura esencial de la limitación humana. Por eso el hombre se ha ido construyendo como memoria identificándose consigo mismo en el reconocimiento de lo sido para poder seguir siendo.

A través de los naturales espacios de *philia* y *epistème* ha sido como se ha ido configurando un esfuerzo común por plenificar la condición humana desde lo ya consolidado. Sin embargo, el progresivo arrinconamiento de la *dóxa*, a causa de la ingenua ilusión instrumental de los resultados, ha supuesto un proceso claro de desmemoria y un consecuente enrarecimiento de la relación entre la razón y la afectividad.

El pensamiento contemporáneo, desde sus múltiples miradas, y no siempre con la vista puesta en la construcción del *lógos*, viene corroborando esta carencia a través de la manifestación del fenómeno del retornar: retornar como la ineludible interiorización (*Erinnerung*) hegeliana de la memoria para que el despliegue del Espíritu sea posible, o retornar en Nietzsche, y su recepción actual, como una deconstrucción genealógica capaz de desenmascarar las diversas historias en las que se ha expresado el error de occidente, y en

esta misma perspectiva, retornar como el *Andenken* heideggeriano desfundamentador de la metafísica, o, también, el retornar retórico, filológico y hermenéutico de la palabra desde el que se pretende sustentar ontológicamente el sentido, o, por último, retornar como la reivindicación comprometida y rememoriada de una filosofía de la acción, del agente o sujeto histórico responsable que lo es porque se hace consciente de su actividad desde la narración de su discurso individual y colectivo.

Las páginas que siguen, en la perspectiva de este último retornar de Mnemosyne que describimos, tienen como intención presentar, analíticamente, los temas esenciales que recorren los trabajos de Manuel Cruz, en los cuales encontramos recogidos, de forma paradigmática, el interés de una revitalización narrativa de la subjetividad desde la especificación histórico-práctica de la memoria y desde la fuerza crítica de una teleología de la acción.

1. HISTORIA

«A mi modo de ver —señala M. Cruz—, la reflexión acerca de la historia es en este momento una reflexión inevitable, necesaria, conveniente y probablemente ejemplar en el sentido de que en la tematización del asunto historia confluyen las líneas mayores de lo que se está pensando y se puede pensar hoy» (HA, 332; MC, 56-57)¹. Evi-

1 A continuación presentamos un listado de las obras de Manuel Cruz acompañadas, en su caso, de las siglas de referencia para la citación en el presente trabajo. Algunos de los trabajos, al haber sido recopilados en otro posterior más general, no llevan indicación de sigla.

- CS = *La crisis del stalinismo: El «caso Althusser»*, Barcelona, Península, 1977.
El historicismo. Ciencia social y filosofía, Barcelona, Montesinos, 1981.
- N = *Narratividad. La nueva síntesis*, Barcelona, Península, 1986.
- PO = *Del pensar y sus objetos. Sobre filosofía y filosofía contemporánea*, Madrid, Tecnos, 1988.
 «Teoría de un sujeto débil», en *Sistema*, 88 (1989) 43-59.
 «Para entender lo pensado», en *Revista de Occidente*, 103 (1989) 107-112.
Por un naturalismo dialéctico, Barcelona, Anthropos, 1989.

Un dato sintomático del siglo xx es que lo presente ha estallado; ha estallado la referencia, el fundamento. Por eso una importante tarea del pensamiento es preguntarse abiertamente ¿quiénes son los habitantes del presente? (cf. FH, 26-27). Manuel Cruz interpreta el discurso histórico como una teoría del presente. El empeño de tal discurso «ha de ser la de mostrar la condición humana de los productos históricos» (FH, 44). Su inteligibilidad depende de nuestra capacidad para mirar en esa sombra que determina la aparición del acontecimiento y que se perfila en la tensión o desajuste que se obra entre lo producido y lo desencadenado.

Gracias a la historia se comprende el presente. Nos es imposible constitutivamente ponernos asépticamente en el lugar del pasado para quedarnos allí. «Confinar el pasado en lo pasado implica convertirlo en un objeto inútil, en *el* objeto inútil por excelencia. Con lo definitivamente *sido* —que es como decir con lo definitivamente *ido*— no parece que quepan más tratos que el reconocimiento, la constatación de su existencia pretérita» (FH, 13-14). Los acontecimientos únicamente cobran sentido en su referencia a la totalidad que los incluye y abarca. En este sentido, sólo desde el hoy tan denostado supuesto de la continuidad del pensamiento se nos sigue permitiendo acceder a la inteligibilidad de lo que hay. La cuestión es si existe verdaderamente un lugar desde el que se pueda dominar esa totalidad. M. Cruz piensa que dicho espacio es, efectivamente, el presente; entre otras cosas porque es el único espacio verdaderamente existente.

En el presente se encuentra la capacidad de liberar cantidad y calidad de pasado (cf. FH, 44); y en la medida en que mayor sea la cualificación de ese pasado menor será la posible acusación de presentismo debido, sobre todo, a que dicho presente se encontrará aún más incompleto en vista de la apertura implícita en el deseo y en la posibilidad.

Esta reconsideración del presente puede ser entendida desde un presupuesto retórico. Se pretende pensar el tiempo de la acción y esto sólo se puede hacer relatando y narrando historias que permitan proyectar sentido sobre esos excedentes de significación que constituyen

los acontecimientos históricos; aquellos acontecimientos históricos que no han sido objetivados, sino que han sido contemplados como posibilidad y apertura de la creatividad humana.

Ciertamente ni el pretendido rigor de los metodologismos, por una parte, ni las utopías y los grandes ideales totalizadores de un concepto de hombre globalizador hacia algún destino bien determinado, por otra, han resultado tener aparentemente la realización concreta de ese agente histórico en el que el presente se constituye proyectándose. Ha habido una cierta dificultad para localizar a los protagonistas de la historia, es decir, a aquellos que tenían que hacerse cargo de los ideales meta-históricos

En este sentido, si la historicidad del presente y el presente mismo, entendido como presupuesto ineludible de la acción, se actualizan desde esta visión filosófica de la historia, el anunciado fin de la historia² debe concluir sin consumarse, en tanto que sí que existe un referente de la acción histórica del presente. «El nuevo fundamento —señala Cruz—, todo lo provisional que se desee (...), descansa abierta y declaradamente en nuestra subjetividad en tanto que agentes» (FH, 30).

Ante la situación de tedio en la que nos sitúan los anunciantes del final de la historia porque ya no hay potestad para determinar su sentido, hay que decidirse a afirmar la inocencia actuante de la realización histórica. La identidad del sujeto, que no la individualidad, nos ofrece el botín, no muy abundante, de la comunidad en la memoria, en la carencia (añoranza de ser), y en la posibilidad (cierta tensión hacia lo que no es...); y estas facultades subjetivas, determinaciones estructurales de la existencia humana, son esenciales en la

2 Sobre el anuncio de este fin de la historia desde diferentes perspectivas caben destacarse las siguientes obras: Lyotard, J.-F., *La condición postmoderna*, tr. M. Antolín, Madrid, Cátedra, 1984; Vattimo, G., «Posmodernidad y fin de la historia», en *Ética de la interpretación*, tr. T. Oñate, Barcelona, Paidós, 1991; Fukuyama, F., *El final de la historia y el último hombre*, tr. P. Elías, Barcelona, Planeta, 1992. (Sobre este autor puede consultarse López Santamaría, Justino, «Francis Fukuyama: Su polémica contribución a la filosofía de la historia», en *Estudios Filosóficos*, XLII, 119 [1993] 123-135); Bermejo, J. C., *El final de la historia. Ensayos de historia teórica*, Madrid, Akal, 1987.

reconstrucción del sentido de la historia. «La historia, por su parte, es un tiempo con memoria, un tiempo sabiéndose a sí mismo, un tiempo con conciencia. Una historia sin sujeto designa, así, lo impensable: tiempo vacío, tiempo muerto. Sólo para el sujeto resulta inteligible la historia, del mismo modo que sólo una historia con sujeto resulta inteligible» (N, 76). La reconstrucción, por tanto, de este quién subjetivo que actúa permite a la identidad ser el medio apropiado para articular la reflexión sobre la historia y sobre la acción. Nos detendremos en ello, pero antes es imprescindible constatar el sustento temporal de esta consideración histórico-narrativa de la subjetividad.

2. TIEMPO

Si distinguimos la objetividad de la ciencia natural, por un lado, y la historia, por otro, es preciso decir que la segunda, como vamos viendo, es un proceso que sí tiene sujeto: el sujeto de la acción. Ahora bien, como la inteligibilidad del enfoque del asunto ha sido ciertamente unilateral (la filosofía crítica de la historia —incluido el historicismo— como reacción a la filosofía especulativa, ha pretendido ver y explicar la historia desde los puntos de vista de la ciencia natural) será necesario modular el problema de la historia desde la oportuna cualificación de una serie de variables complementarias, como la ficción, el tiempo, la acción, que articulan un nuevo modelo de inteligibilidad para el discurso histórico.

Para Cruz, el impulso narrativista en el marco de la filosofía analítica, supone un nuevo horizonte para la filosofía de la historia. Ahora bien, de forma especial le resulta de interés la lectura hermenéutica que, entre otros, realiza Ricoeur de dicho impulso³. Según Cruz, lo que hace que el pensamiento de Ricoeur se sustraiga del peligro

3 Cf. Ricoeur, P., *Tiempo y narración*, tr. A. Neira, Madrid, Cristiandad, 1987; Id., *El discurso de la acción*, tr. P. Calvo, Madrid, Cátedra, 1988; Id., *Sí mismo como otro*, tr. A. Neira, Madrid-México, Siglo XXI, 1996.

de la yuxtaposición ecléctica que puede darse a causa de la síntesis de tradiciones que anuncian su filosofía es precisamente la categoría de tiempo ⁴. A través de este tiempo narrativo, de esta permanencia del acto de contar, Cruz establece un procedimiento para reconsiderar el pasado y el futuro concediéndoles carta de realidad.

Gracias a la trama, operación mediadora que dota de inteligibilidad tanto al discurso narrativo de ficción como al histórico y en la que se configura sintéticamente la múltiple heterogeneidad del tiempo, la narración, aplicada al pasado histórico, se convierte en un adecuado modo de producción de sentido. Esta disposición retórica del pensamiento que mira hacia el pasado consigue tener una aspiración no objetivista de la universalidad ya que se encuentra necesariamente arraigada en las determinaciones de la subjetividad actuante. Un quién de la acción que terminará, por tanto, constituyéndose en su totalidad como quién de la narración, ya que el sujeto del que nos habla Ricoeur-Cruz no es ese sujeto con intuición inmediata de sí mismo, sino un sujeto que precisa contarse para serlo ya que se encuentra mediatizado por todos los signos culturales que le configuran como tal. La acción, de este modo, consigue su plena realización por vía hermenéutica ya que toda narración lleva implícita necesariamente un presupuesto ontológico y epistemológico que se especifica como interpretación; es decir, que, queriéndolo o no, toda narración implica de hecho una lectura de lo narrado.

Ahora bien, existe también la posibilidad de considerar el tiempo objetivamente; es decir, dar respuesta no únicamente a la pregunta ¿quién actúa y se narra en el tiempo?, sino también a la cuestión, tan debatida en el horizonte ontológico de la filosofía, de ¿qué es el tiempo? En este sentido, Cruz piensa que el discurso histórico es un discurso sintético que se perfila desde la narratividad temporal, en

4 Sobre este asunto, Peñalver, Mariano, «Paul Ricoeur y las metáforas del tiempo», en Calvo, T. y Ávila, R. (eds.), *Paul Ricoeur: Los caminos de la interpretación*, Barcelona, Anthropos (1991) 333-358; Sánchez Meca, Diego, «La réplica de una poética de la narratividad a la aporética fenomenológica del tiempo. A propósito de 'Temp et recit' de Paul Ricoeur», en *Carthaginensia*, III (1987) 263-284.

tanto que su planteamiento es el de qué nos pasa en el tiempo. De este modo, la narratividad del tiempo proporciona al discurso histórico el impulso teórico que le permite plantear en su totalidad el tema de la acción humana.

Por su parte, considerado desde la acción narrativa de la subjetividad, Cruz no piensa que el futuro haya de ser entendido de forma simétrica al pasado, ya que mientras éste encuentra su sustento en la memoria, aquél lo hace en la capacidad de adueñarnos de nuestro propio deseo. Y esto es así porque «los hombres no sólo se hayan instalados en una cierta temporalidad, sino que también generan su propia temporalidad» (FH, 161). Este asunto es determinante para una filosofía de la acción y hay que decir, como podremos constatar más adelante, que la generación de esta temporalidad se basa en una concepción de lo real que incluye lo posible dentro de la propia dinámica y de la propia limitación del actuar humano

3. SUBJETIVIDAD

En opinión de Manuel Cruz «la categoría de sujeto, resulta indispensable, tras tantas revisiones críticas, para acceder a alguna forma de inteligibilidad acerca de lo que nos pasa, especialmente acerca de esa parte de lo que nos pasa que solemos llamar historia» (H2, 27). El contexto de la sociedad actual hace verdaderamente atractiva la renuncia a la subjetividad y a la identidad personal. Son conocidos por todos los múltiples argumentos, tanto desde la filosofía contemporánea, como desde la cultura en general, que asisten esta alienada renuncia a reconocerse en sí mismo como responsable de sí, como incluido ineludiblemente en una identidad personal y colectiva.

Cruz, en este sentido, considera que los argumentos de D. Parfit, interlocutor paradigmático en este asunto⁵, en favor de una determinada multiplicidad discontinua de un yo heterogéneo que no se

5 Cf. Parfit, D., *Reasons and Persons*, Oxford, Clarendon Press, 1984.

reconoce agente de la historia y que, por tanto, se siente descargado de responsabilidad (cf. H2, 17; también AQUÍ, 198 y ss.), son excesivamente interesados y particularistas, en tanto que no se renuncia a la identidad temporal en la totalidad de las ocasiones. Esta falsa percepción que tiene Parfit al creer que, sustraídos de una responsabilidad individual propia de un yo integrado, se podrá solidarizar el discurso ético en lo referente a los seres humanos en su relación con la naturaleza en un contexto presente y futuro, desarticula el impulso crítico que se encierra en la continuidad de la memoria. Enfrentarse a este «vaciamiento de la identidad» desde la pertenencia y desde el carácter ineludiblemente situado del agente hace que brote casi espontáneamente un concepto de compromiso sustraído por completo de cualquier tipo de normatividad voluntarista o metafísica. «La continuidad del yo, tal y como señala Cruz expresamente, es una hipótesis fundamentalmente práctica, no ontológica» (AQUÍ, 201). Es decir, que el concepto de responsabilidad es, ejemplarmente, el que configura la funcionalidad y la continuidad de esta identidad narrativa e histórica que sustenta la subjetividad de la acción.

Utilizando argumentos de H. Arendt y H. Jonas, Cruz nos explica su idea de responsabilidad para el sujeto histórico al mismo tiempo que reivindica lo posible como una dimensión constituyente de lo real. Si la «condición humana» es la proyectividad latente de la natalidad, como piensa Arendt, y si dicha natalidad queda legitimada únicamente cuando el individuo se inserta en el mundo a través de la palabra y de la acción⁶, la responsabilidad no recae únicamente sobre mi premeditado actuar y sobre sus consecuencias inmediatas, sino también sobre el porvenir de ese proyecto histórico, agente y narrativo, que soy y que se define como posibilidad⁷. Se trata de una ética realista de lo posible. Una ética sustentada en la memoria, porque somos lo que somos por haberlo sido exclusivamente para seguir siendo. Emilio Lledó, con la misma intención, ha denominado a esta

6 Cf. Arendt, Hannah, *La condición humana*, tr. R. Gil, Barcelona, Paidós, 1993.

7 Cf. Jonas, Hans, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*, tr. J. M. Fernández, Barcelona, Herder, 1995.

crítica reivindicación de la subjetividad la «memoria del futuro». Sin duda, desde estos presupuestos, la realidad no podrá ser entendida como algo ya constituido de una vez por todas. Como señala Cruz: «Hoy, es no sólo el conocimiento sino también, y sobre todo, la posibilidad misma de la acción humana en el seno del mundo lo que se halla comprometido en esa específica reivindicación del sujeto que viene indisolublemente ligada al concepto de posibilidad» (H2, 27).

La propuesta de la narración, por tanto, entiende lo real como lo que hay y como lo posible, y, en este sentido, es reticente con respecto a la inmovilidad sustancial de la metafísica. «Lo posible no viene del cielo ni de ningún más allá, sino que está en manos de los hombres» (N, 149). El sujeto agente y responsable de la historia carece de todo protagonismo desde la heteronomía epistemológica de la metafísica. Si la figura de Dios es el único referente normativo y semántico la dimensión crítico-hermenéutica que subyace a la discursividad narrativa pierde su vigor. «No ha lugar para plantearse si el hombre es sujeto de la historia, puesto que ni siquiera cabe plantearse que sea sujeto sin más. De ser algo es objeto de una historia ella también hecha por Dios. La comprensión, en cuanto prerrogativa del sujeto, resulta impensable» (N, 151). Una aceptación tal de lo previsible hace innecesaria la lectura en tanto que se nos propone una escritura ya leída de una vez por todas. La experiencia azarosa de la posibilidad es la experiencia poética de la muerte; es la experiencia no acomodaticia en la que nuestra disponibilidad para seguir naciendo se mantiene intacta y, al mismo tiempo, es donde se mantiene viva la pasión por aprender en el texto del cual no nos queda más remedio que ser protagonistas.

Ahora bien, si únicamente es el azar lo que sustenta la posibilidad, el mismo azar se convierte en otra figura heterónoma. Por contra, si el azar se encarna en el acontecimiento resultado de la acción humana confiere a dicha acción el momento de sorpresa que vivifica la historia. De este modo, «el esquema del acontecimiento incorpora los avatares del sujeto a la propia teoría, asume la responsabilidad de éste con todos sus riesgos. El acontecimiento implica una concepción de la naturaleza humana que entiende al hombre como un ser esen-

cialmente torpe. El más importante elemento generador de azar que hay en la realidad —tantas son las consecuencias que en múltiples campos tiene cualquier acción suya. Pues bien, esta avalancha de imprevistos que el hombre desencadena con su obrar y que los demás hombres, y el entorno en general, multiplican hasta el infinito es vivida por él como *exceso de sentido*. El acontecimiento surge cuando el sujeto empieza a percibir que se le ha devuelto un hecho de proporciones inabarcables en una sola vez, cuya inteligencia acaso se demore a lo largo del tiempo» (N, 161-162).

No pensemos, por otra parte, que esta categoría de acontecimiento esencialmente discontinuista pone en peligro la identidad del sujeto sobre la que se basa la propuesta narrativa. Antes bien, cabe decir que el acontecimiento más inabarcable que dura en el tiempo histórico es el de la propia vida de ese sujeto. Es decir, que el sujeto es el acontecimiento continuo y sintético origen de toda discontinuidad posible. Como dice Cruz: «El sujeto está en el origen de todo, pero no por ser condición de posibilidad, sino en calidad de modelo, de espejo en el que se mira todo lo que sucede» (N, 164).

El acontecimiento, por tanto, no lo define el individuo, sino el quién que actúa. La identificación de la subjetividad es el apropiado impulso ontológico por el cual el ser exento, anónimo y sin reflexividad que es el individuo pasa a ser el actor protagonista, el elemento en torno al cual gira toda la acción. Sin embargo, la identidad, como la vida orteguiana, no está ya elaborada. Identificarse, reconocerse, es una tarea imprescindible. Todos somos yo, pero no en todos se manifiesta la identidad, ya que su adquisición no siempre es fácil (cf. N, 14). La identidad se construye; es el esfuerzo biográfico de la memoria por reconocerse. Y este reconocimiento no salta espontánea y asépticamente sobre una pretendida novedad permanente de la vida. «Reconocemos, dice Cruz, lo que no tenemos más remedio, lo que ya somos —que es cosa decidida desde siempre (cada cual es quien es)—» (N, 13).

Sin embargo, no se debe pensar que ese esfuerzo de reflexión es una tarea individual donde el sujeto, exclusivamente desde sí mismo, toma conciencia de lo que es a través de su actuar y de su expresividad. «El individuo todavía no es sujeto porque carece de identidad. La

identidad es ese particular revestimiento que *los otros, los demás*, conceden al individuo —y por lo que lo convierten en sujeto— a través del mecanismo del *reconocimiento* (...) Es decir, que lo que el individuo se dice a sí mismo de sí mismo no es identidad, porque no ha sido sancionado socialmente, colectivamente o por el grupo» (FHN, 259).

La constitución de la identidad es, de este modo, necesariamente trascendente y comunicativa y se realiza mediante procedimientos que no son privados. Lo histórico-social está constituido por sujetos. «Llega un momento en el que el protagonismo histórico pasa forzosamente de las personas a los grupos: es cuando se constituyen lo que pudiéramos denominar *sujetos colectivos* (N, 28) (...) Conocimiento supone comunicación, intersubjetividad, es decir, lenguaje o, lo que viene a ser lo mismo, tránsito a la esfera de lo social. Esta radical limitación impide concebir al individuo como la instancia fundante, constituyente del mundo social (y sus operaciones como operaciones de conocimiento)» (N, 36).

La subjetividad que se reclama desde el narrativismo de Manuel Cruz es una subjetividad histórica, comprometida y sintética; en ningún caso se admite una subjetividad anónima y neutralizada por la reducción objetivista de la racionalidad científica o por cualquier otro tipo de reducción. «Los hombres sí que se consideran *sujetos* de su propia realidad, y reclaman que esta condición se vea reflejada en el discurso de la ciencia natural y los discursos naturalistas por extensión —que es un discurso *anónimo*—» (FHN, 254) No obstante, hay que negar que esta perspectiva pretenda realizar una nueva confrontación entre naturaleza y espíritu, sino más bien integrar, en virtud de la discursividad histórico-práctica, las consecuencias sociales de la asimilación por el hombre de todas las leyes naturales, con los mecanismos propiamente humanos sobre el obrar y el desear. Únicamente, desde este punto de vista, podemos disponernos a analizar las favorables consecuencias que supone entender la realidad humana desde su dinamicidad narrativa y, por extensión, desde su inacababilidad.

4. NARRACIÓN

Hoy por hoy parece razonable afirmar que la distancia con la que las ciencias naturales tratan la realidad humana impide que el hombre pueda adueñarse real y responsablemente de los acontecimientos en los que se integra y que integran su identidad histórica. El hombre desmemoriado y neutro sustentado por una racionalidad exclusivamente científico-técnica parece quedar al margen, como parte interesada, del interior del discurso que le concierne. «El discurso científico natural —señala Cruz— es registro, libro de actas, estado de cuentas, mientras que la historia —el discurso de lo humano por excelencia— es narración, relato de los acontecimientos, y sujeto es el protagonista alrededor del cual gira ese relato de las cosas humanas» (N, 16). De este modo, cuando el hombre no renuncia a la ineludible tarea de contarse a sí mismo, de narrar su identidad, tanto individual como colectiva, se adueña de lo que le es propio y se responsabiliza de sí.

La superficie del conocimiento de un pensamiento vivo que pretende responsabilizarse históricamente de la acción no puede ser, según nuestro autor, la descripción científica. El relatar, por su parte, además de presentarse como una estructura ineludible del comportamiento humano, sí que permite introducir el compromiso de la subjetividad en el intento de adueñarse de sí misma. «Lo que hay que exigirle al relato en primer lugar es una adecuación al sujeto. Así, el hecho de que todas las historias se narren desde la perspectiva de la conclusión se relaciona con la capacidad de aquél para proponer fines. La teleología del relato es la forma narrativa más adecuada al real proceder de los hombres» (FHN, 258).

En el relato se encuentra la parcialidad hermenéutica de una situación ineludible que siempre se enriquece desde sus condicionantes vitales. «Relato no es sinónimo de descripción. Hay en él un ingrediente de interés, una atención sectaria y tendenciosa hacia uno de los elementos de lo real que, ya de entrada, lo hace irreductible a la descripción que opera en la ciencia. Pero este sesgo en absoluto convierte al relato en incompatible con el conocimiento. Antes bien,

lo que hace es plantear las relaciones en otro terreno y de otra manera» (N, 47). Es decir, que, muy en estrecha relación con la reivindicación contemporánea de la potencialidad connotativa y retórica del pensamiento, frente a la insuficiente pretensión denotativa de la logificación, queda corroborado el relato como un adecuado mecanismo gnoseológico, no exclusivamente en el orden epistemológico, sino también en el práctico.

Lo importante ahora es determinar los aspectos que hacen verdaderamente más válida la narratividad para ocuparse del discurso social e histórico que una determinada formalización objetivadora procedente de la metodología científica. Para ello distingamos, con Cruz, una serie de peculiaridades determinantes de la configuración esencial de relato:

— En primer lugar, la repetibilidad. Lo que se repite es lo que verdaderamente importa y lo que verdaderamente elegimos para ratificarnos en nosotros mismos; por eso, mediante la repetición, el relato constituye la identidad y se configura el yo como un uso narrativo de la memoria (cf. N, 51).

— En segundo lugar, la trascendencia. Esa configuración de la identidad no es nunca individual, por eso el relato se proyecta sobre los otros, sobre el espacio social que lo ratifica y en el que se apoyan las historias que contamos y que nos cuentan al mismo tiempo que nos consolida como colectividad.

— El relato también incluye en sí mismo la determinación de la finalidad de la acción. La implicación histórica de la subjetividad narrativa nos enseña que toda acción para tener sentido tiene que ir acompañada explícita o implícitamente de su pretensión, es decir, de aquello que posibilita dicha acción en sí misma y que ofrece un protagonista responsable a la historia. En palabras de Cruz: «Para cada situación existe un objetivo a su escala que proporciona la clave para entender la evolución de los acontecimientos. El relato se limita a hacerse cargo de ello, incorporándolo a su estructura de comportamiento» (N, 52).

— También se pone de manifiesto, desde este punto de vista del relato como fuente de conocimiento, que el mundo no sólo esta

lingüístizado sino también literaturizado. La ficción es una función no objetivamente descriptora de lo que la realidad sea, sino la expresión de un tiempo subjetivo en el que se reconfigura nuestra experiencia y nuestro trato inmediato con las cosas. La novela, en este sentido, es un paradigma discursivo y una opción epistemológica. Una inteligibilidad nueva en la que el mundo se torna de la medida del hombre porque al no contemplarse exclusivamente como objeto hay cabida para la pasión, las aspiraciones y el deseo. Un talante de este tipo exige una nueva organización del conocimiento. «Es aquí donde interviene la propuesta (...) de la narración. Ella podría ser el espacio de la reconciliación entre los diversos saberes y discursos existentes acerca de lo humano. Recogería el testigo de la novela en muchos aspectos (en especial su atención al sujeto), pero incorporando elementos de conocimiento tradicionalmente descuidados por ésta, como el pensamiento» (N, 177). Además esta inteligibilidad de la que Cruz nos habla se enriquece al añadir al conocimiento la experiencia del pasado.

— Por último, y de forma especialmente significativa, cabe destacar la dimensión práctica del relato. «Se narra porque se confía en extraer del relato de lo ocurrido criterios, directrices o simplemente buenas ideas que nos ayuden en el obrar. El designio último del relato es el de ser una guía para la acción» (N, 56).

Constatado, de este modo, cómo la configuración del relato nos remite a una experiencia de lo real amplia donde verdaderamente tienen cabida los diferentes órdenes en los que dicha experiencia se constituye, incluso aquellos que nos son «invisibles», Cruz adjetiva a la propuesta de la narración como la nueva síntesis. «La propuesta de la narración —nos dice— se plantea con una voluntad de síntesis. Ella vendría a ser el lugar en el que los diferentes procedimientos existentes depositan su particular aportación a una experiencia unificada (...) La narración podría ser el espacio de la reconciliación entre los diversos saberes y discursos acerca de lo humano. Se opone en este punto a la reducción, propia de la ciencia o del pensamiento filosófico tradicional, porque considera lo humano como relativo y ambiguo, móvil y cambiante» (FHN, 267).

Lo real, definido ahora desde su mutabilidad y posibilidad intrínseca como un proceso en construcción permanente, no puede proponerse como referente de fundamentación. La liberación gnoseológica que se obra desde la narratividad se convierte también en una liberación ontológica en la que la memoria se sustrae de la exclusivización del pasado. La reconstrucción del mundo efectuada desde la perspectiva del sujeto, gracias a esta unificación sintética de la experiencia humana en los espacios de la memoria y de la responsabilidad, ofrece al hombre la posibilidad de volver a convertirse en el implicado protagonista de su acción histórica.

5. MEMORIA Y ACCIÓN

Constatada la pretensión de rehabilitar la dimensión sintética de la subjetividad narrativa desde los presupuestos establecidos la tarea pendiente es la de seguir profundizando en la naturaleza de esta subjetividad, o lo que es lo mismo, en el contenido propio de la identidad. Se entiende bien, tal y como acabamos de ver, que dada la imprescindible sanción intersubjetiva de la discursividad de la acción, los ingredientes de dicho sujeto tienen que tener el factor común de la no individualidad y, al mismo tiempo, tienen que determinar el sustento vital y la concreción histórica del actuar implicado del hombre. Son la herencia y el deseo, la memoria y la acción, esos mecanismos de la continuidad propiamente humanos que nos determinan en lo que somos y nos ofrecen la posibilidad y la esforzada ilusión de continuar siendo. Vayamos por partes.

El que desde la propuesta de la narración lo real no sea entendido como lo puesto en sí o como lo que se pone, sino como lo que hay y además lo posible, permite interpretar la memoria al margen de cualquier metodologismo mnemotécnico. La memoria se encuentra fluificada por el tiempo de la acción. Como señala Cruz: «La memoria no se define por su función consoladora, del todo inesencial. Su esencia consiste en ser condición de posibilidad para la existencia del pasado: dibujar la escena en la que el sujeto ha de actuar. En ese sen-

tido, el sujeto es un producto de la memoria» (N, 75). El tiempo del sujeto no puede ser comprendido desde la aspiración de algún tipo de objetividad que haga de dicha temporalidad un cúmulo fragmentario de instantes con apariencia de continuidad. Antes bien, la continuidad es una constante ontológica creada desde la subjetividad por la coherencia interna de la memoria. «La memoria del sujeto se refiere en lo fundamental a sí mismo: es la primera expresión de la autoconciencia» (N, 72). En este sentido, si el reconocimiento es la disposición gnoseológica mediante la cual el sujeto se instituye, la memoria significa la vuelta sobre sí de ese sujeto que se autorreconoce. Esta vuelta sobre sí, esta reflexión, hermenéutica que diría Ricoeur, del sujeto agente que se expresa es, como la memoria misma, «activa, parcial, deformante, interesada» (N, 73). Por eso, es la memoria la única que puede dar cuenta del tiempo del sujeto, y además lo hace con el instrumento que le es más propio: el lenguaje (cf. N, 77). La memoria, entonces, le permite al sujeto seguir siendo, le permite instaurar, como posibilidad, la discursividad práctica y semántica de su acción. La memoria, por tanto, es condición de posibilidad ética y hermenéutica. La memoria es aplicación ⁸.

Esta aplicativa proyección de la memoria hacia la intrínseca posibilidad de la acción hace del futuro el espacio en el que el sujeto se constituye en su totalidad. El deseo es la expresión de la tendencia permanente en la que se encuentra la subjetividad histórica. En palabras de Cruz, «la tensión hacia la posibilidad es el nervio del sujeto» (N, 89). Por eso, la complacencia de la «conciencia feliz», de la unidimensionalidad de Marcuse, es desmemoria y olvido, y en consecuencia esclavitud de nuestra propia indiferencia. La responsabilidad sobre lo porvenir, sobre la imprevisibilidad del actuar, es lo que nos permite adueñarnos de nuestro propio deseo, y, en este sentido, lo que especifica la sorpresa de nuestra libertad. Cuando, desde el sustento de la rememoración, se activa el mecanismo discursivo del

⁸ Sobre la dimensión aplicativa de la memoria, tanto desde un punto de vista ejecutivo como hermenéutico, me permito remitir al capítulo segundo de nuestro trabajo, *Emilio Lledó: una filosofía de la memoria*, Salamanca, San Esteban, 1997.

tiempo en el deseo y conseguimos vislumbrar la ilusión de lo que queremos ser, el sentido de la acción consigue especificarse en la dimensión ético-teleológica⁹ de la historia sustraído de todo tipo de abstracción desvitalizadora. Nos dice Cruz: «En gran medida, lo que está por comprender no son las consecuencias de la acción sino la acción misma, no la eficacia del agente, sino el agente en cuanto tal» (FH, 40). Para Cruz la conciencia y su pretendida especificación personal resulta ser un medio excesivamente abstracto para instalarse en la concreción temporal de la historia. Ese motivo es el que hace inviable la insostenible intención de explicar la acción del agente a partir de la abstracción del impulso de la identidad. La reivindicación de Cruz no es tanto de la conciencia como de la voluntad. «Las grandes fracturas históricas, los saltos cualitativos en los procesos, todas esas experiencias, en suma, que solemos denominar acontecimientos resultan impensables sin la referencia a la voluntad» (FH, 41). De esta manera, no se pretende caer en un ingenuo voluntarismo, «sino argumentar en favor de la posibilidad» (FH, 43), lugar donde se concretan los fines y donde se hace comprensible y llena de sentido la proyectividad de la acción humana (cf. FH, 43).

Con el acontecer de lo porvenir, del futuro, algunos, atendiendo al carácter necesario y universalizador de sus planteamientos sobre lo histórico verifican o refutan sus predicciones habiéndose equivocado más o menos; pero desde la perspectiva subjetiva de la historia lo importante es lo que se ha perdido en las carencias que el propio futuro muestra en sí mismo. «El futuro —nos dice Cruz— no se predice, se produce» (...) «Entender la impredecibilidad obliga a dar entrada en el esquema a los agentes, a esos sujetos que intervienen mediante su acción en el curso de la historia» (FH, 39).

Teniendo a la identidad como fundamento o referente de la reflexión sobre la historia y sobre la acción, el deseo, el impulso teleológi-

⁹ En esta misma perspectiva ética de la historia que Cruz tematiza desde influjos como el de H. Arendt, se encuentra, entre otras, la propuesta de una Historia de la Filosofía de la Historia que Concha Roldán nos acaba de ofrecer con el sugerente título *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*, Madrid, Akal, 1997.

co, estalla hacia la estructuración de una realidad determinada por la posibilidad, por lo que todavía no es. Las consecuencias prácticas de este hecho y la dimensión necesaria de la regulación del orden moral, social y político son posteriores. «Lo aún no vivido —se nos dice— moviliza más fuerzas que las obligaciones» (FH, 37). El reconocimiento de la comunidad de la proyección y de las carencias propias del compromiso responsable de quien actúa es, por tanto, lo que sitúa dicho actuar de la memoria en la órbita de lo práctico y en la aspiración legítima de libertad.

FINAL: SENTIDO Y HERMENÉUTICA

Como hemos ido viendo, la propuesta de la narración de M. Cruz tiene entre una de sus pretensiones esenciales la de apropiarse del mundo desde la previa apropiación de la memoria y de la acción del sujeto histórico. Pero la discursividad narrativa de ese sujeto agente es en sí misma expresiva y, por tanto, la apropiación es lectora e interpretante. Por este motivo la extensión semántica de la narratividad es necesariamente hermenéutica. A. Pintor Ramos, comentando a Ricoeur, ha sintetizado este asunto cuando dice: «¿Por qué es necesaria una hermenéutica? Sin duda porque el sujeto está desbordado en su individualidad por formaciones significativas que lo arrastran fuera de sí, que lo lanzan teleológicamente hacia metas suprasingulares. Ese sujeto desgarrado necesita llegar a ser sí mismo y ello exige una apropiación recuperadora de las constelaciones significativas que ya están dadas»¹⁰. Es mediante las historias contadas como el agente se identifica (identidad narrativa). Sin embargo esto no quiere decir que el agente histórico, en su dimensión lectora, se anteponga al sentido de su acción. Es la ineludible lingüisticidad narrativa del discurso de la acción la que nos sitúa ante la necesidad semántica y, por extensión, hermenéutica. Al narrador, situado en la identidad y precomprensión

¹⁰ Pintor Ramos, A., «Paul Ricoeur y la fenomenología», en Calvo, T. y Ávila, R. (eds.), *op. cit.*, p. 96.

de su lectura, nunca se le revela el autor de la acción sino el actor; es decir, aquel que hace uso de la acción y en quien la acción proyecta su propia posibilidad (cf. H1). Desde una muy contemporánea percepción pragmática del problema semántico Cruz afirma en diversos lugares que «el sentido es su uso», apresurándose a distinguir este sentido, entendido como uso, del sentido entendido como interpretación, ya que su intención inicial no quiere encontrarse en el hecho de contemplar la acción sino en la acción misma.

La narratividad, por tanto, al recuperar la subjetividad, rescata la categoría de sentido del olvido al que se ha visto sometido desde la pretensión de objetividad de la ciencia-tecnología. Frente al anonimato de la descripción científica, la narración se sustenta en el protagonismo efectual y pragmático del sujeto. «De la narración, señala Cruz, puede decirse que persigue determinados efectos fuera de sí misma: aspira a conmover, indignar, concienciar o consolar. Dicho de otra forma, en la narración el destinatario está presente, a pesar de su ausencia, proporcionando una clave de sentido para interpretar el texto. Nada de esto, como es obvio, puede decirse de la descripción, que utiliza como criterios ordenadores de la información unos parámetros abstractos, vacíos y universales. La descripción no puede tener efectos fuera de sí, fuera del ámbito del conocimiento» (N, 109). El sentido, como vemos ahora en un segundo momento, es algo propio de la subjetividad lectora ya que se manifiesta como la expresividad de las acciones del hombre.

Leer, dar sentido, es ofrecer al tiempo la proyección del futuro; es constatar la implícita posibilidad de la memoria que somos. Por eso, sentido es dirigir, trascender hacia el mundo y hacia los otros. El sentido sólo puede acontecer en el espacio discursivo de la intersubjetividad narrativa y lingüística. Este carácter lingüístico de la experiencia humana hace que toda consecuencia posible de la acción sea siempre leída y a causa de esta ineludible peculiaridad hermenéutica el hombre nunca se conforma con lo heredado. La natalidad, de la que nos habla H. Arendt en *La condición humana*, es procesual, y al reescribir hermenéutica y narrativamente la historia de nuestra identidad colectiva y personal estamos ejecutándonos como invención, como creatividad y como

libertad¹¹. El lenguaje, por tanto, el mundo y la ilusión que en él se contienen, dotan a la subjetividad de esa identidad buscada. De este modo, al superarse la alienada y desmemoriada desidia del individualismo la historia narrada se legitima en su practicidad y en su desarrollo ético¹².

A partir de esta necesaria dimensión lingüística de la intersubjetividad podemos afirmar, por lo analizado hasta ahora, que el relato es el referente primordial de la memoria compartida porque el lenguaje es auténtica fuente dialéctica de realidad. La realidad que crea la escritura es más «auténtica» que la cotidiana debido a su universalidad. Por eso, «la escritura ni encubre ni descubre: produce. La realidad de uno mismo es textual» (N, 124)¹³. De este modo, si la identidad es lingüística, si su creatividad sustancial se encuentra en el relato y si la expresividad más paradigmática de éste se encuentra en la escritura (cf. N, 121), parecen claras las consecuencias hermenéuticas de la propuesta narrativa. De hecho, tal y como adelantábamos antes en otro contexto, toda narración implica ya en sí misma la delimitación de una interpretación. «Siempre que se trate de contar algo, la materia prima es *una historia* (a ser posible *una buena historia*). No

11 El estudio de la relación entre el lenguaje y la acción como opuesta a la relación entre obra y trabajo, que se consolidó como una de las bases de *La condición humana*, tiene, según el reconocimiento expreso de H. Arendt, una inspiración heideggeriana. (Cf. E. Ettinger, *Hannah Arendt y Martin Heidegger*, tr. D. Najmias, Barcelona, Tusquets [1996] 137). Es decir, que la importancia del lenguaje como clave de estudio de la discursividad de la acción no sólo tendría un sustento en la dimensión pragmática de la analítica, como bien ha sabido sintetizar Ricoeur entre otros, sino también en la dimensión hermenéutica. En este sentido, Cruz cree conveniente un tipo de racionalismo integrador «que estuviera dispuesto a buscar formas de articulación entre lo mejor del programa analítico, predominante en el pensamiento anglosajón de posguerra, con otras formas de aprehensión de lo humano, como, por ejemplo, las perspectivas del significado, representantes del llamado paradigma interpretativo» (AQUI, 15).

12 El actor (actuante) sólo lo es en la medida en que reconoce discursivamente la acción, en la medida en que anuncia en la palabra lo que ha sido, lo que es y lo que pretende ser. Aquí se encuentra, según Cruz, el fundamento ontológico y antropológico del que carece la propuesta ética de H. Jonas (cf. H2, 21).

13 Algo así como el lector implícito de W. Iser, pero con algún matiz diferenciador, ya que como argumenta E. Lledó, este lector de Iser es un lector irreal y, para Lledó, quien lee, igual que en el caso de la subjetividad actuante de Cruz, es auténticamente real.

un material empírico bruto, sino un determinado recorte de la realidad, un particular enfoque o encuadre de la misma» (N, 17).

A partir de estos presupuestos epistemológicos, Cruz, en *AQUI*, concreta sus argumentos y realiza desde el análisis y desde la interpretación un estudio sobre la acción a través de las nociones esenciales que la configuran. Este estudio se especifica lingüísticamente, ya que, como acabamos de ver, la determinación del impulso y la expresividad de la acción se concretan en el natural espacio intersubjetivo que es el lenguaje (cf. *AQUI*, 29-30). Así, por ejemplo, se detiene sobre el significado inicial de la corporalidad de la acción, sobre la intención, la preferencia, los motivos y las razones de dicha acción, sobre la voluntad y las peculiaridades del deseo y de la libertad, y sobre la importancia de delimitar bien la responsabilidad desde la continuidad y la identidad del agente.

Es muy consciente de que un análisis interno de los mecanismos de la acción, aunque necesario, es siempre parcial e insuficiente. «La pregunta ¿qué le ha empujado a? no se responde señalando un hecho o una cosa, sino haciendo referencia a estados de ánimo, sentimientos y toda una amplia y variada gama de afecciones del espíritu (incluyendo disposiciones), para las cuales el discurso analítico clásico no siempre ha parecido capaz de proporcionar soporte ontológico satisfactorio» (*AQUI*, 78). De este modo, el problema de la comprensión, de la evaluación e interpretación de una acción, es ineludible en tanto en cuanto el soporte común y universalizador de la memoria se manifiesta a través de su funcionalidad comunitaria. Al apelar al recurso hermenéutico de la comprensión se coloca a la acción en un contexto más amplio que el utilizado para identificarla. La acción no sólo se contempla desde su motivación sino también desde su expresividad histórica (cf. *AQUI*, 61). El que la pregunta ¿por qué? quede intencionadamente sin respuesta en buena medida se debe a que no tiene lugar un concepto objetivo y totalizador de verdad donde se ratifica el carácter esencial de la herencia cultural y social a la hora de mediatizar los deseos del agente y los argumentos que los justifican. Este hecho nos da a entender que existe la posibilidad de discutir y argumentar sobre esos motivos y razones del que actúa. Es decir, que la hermenéutica de la acción tiene definitivamente una estructura narrativa.

Para M. Cruz la vinculación entre filosofía de la historia y filosofía de la acción es estrecha (cf. CI) debido al carácter siempre teleológico y discursivo del actuar humano. Dicha discursividad, en su ineludible extensión semántica, es la que hace, a su vez, que la acción se contemple desde un punto de vista hermenéutico. Bien es cierto que no desde la tradición metodológico-cartesiana de la reconstrucción de mentalidades que ponía entre medias la insalvable distancia epistemológica de la analogía interpretativa, sino más bien desde la integración y la comprensión de una memoria a la que se pertenece y en la que se siguen proyectando hacia el futuro las mediaciones permanentes del pasado vivo en el presente. «La perspectiva del significado —en expresión del propio Cruz— interviene para dar salida al *impasse* epistemológico en el que desembocaba la perspectiva cartesiana. Se abandona la inmediatez en beneficio de la objetividad. Aquella inútil certeza de la evidencia se ve sustituida por la comprensión del significado de las acciones humanas y de los procesos históricos. Dicha comprensión se decide a través de un proceso de interpretación que posee sus propias exigencias autónomas. Las acciones tienen una dimensión exterior imposible de reducir a los registros psicológicos de sus agentes» (CHAI, 87).

La acción, por tanto, se instituye en los motivos, en la voluntad, en los deseos y en las inclinaciones, pero donde verdaderamente se constituye es en la ratificación de lo otro, en la colectividad, en la herencia. Por eso, esta subjetividad agente siempre actúa en la órbita ejecutiva de la memoria y desde una perspectiva histórico-hermenéutica. «La relación con el pasado, la incorporación a una historia que viene de atrás depende no ya sólo de nuestra decisión, sino, sobre todo, de nuestra acción» (CHAI, 89). Es decir, que desde esta acción entendida como histórica y desde su comprensión hermenéutica conseguimos sustraernos de la insalvable apertura epistemológica de un decisionismo subjetivista en el que la subjetividad quedaba desdoblada sustancialmente y en el que la acción, por su parte, se mantenía al margen de la historia.

JOAQUÍN ESTEBAN ORTEGA

Profesor de Filosofía del Lenguaje

en el Instituto Superior de Filosofía de Valladolid